

den de Constancio, para ir á celebrar una victoria que habia alcanzado de los persas. El concilio se burló de este pretexto impertinente, y les escribió que se presentasen á responder de las calumnias y otros crímenes de que eran acusados, ó que su fuga los haria juzgar culpados y probaria la inocencia de aquellos á quienes habian perseguido. Pero no desistieron por eso de su resolución: marcharon precipitadamente de noche, y se retiraron á Filippolis en la Tracia.

Despues de su partida trató el concilio de los negocios que tenia que ventilar. Algunos Padres propusieron que se compusiese otra nueva profesion de fé; pero se desechó la proposicion, y declaró el concilio que era preciso atenerse al símbolo de Nicea, para no dar lugar á creer que le juzgaban defectuoso. Aunque la inocencia de San Atanasio parecia bien clara en el hecho de huir sus enemigos; no dejaron de discurrirse con escrupulosa atencion todos los cargos alegados contra él; y habiéndose reconocido que eran falsos en vista de documentos fé hacientes ó testimonios irrecusables, fué confirmado solemnemente en la comunión de la Iglesia. Marcelo, de Ancira y Asclepas, de Gaza, fueron declarados asimismo inocentes, despues de un maduro exámen de los documentos que servian para justificarlos (1).

El concilio pasó despues á examinar las quejas que de todas partes se habian levantado contra los ensebianos; ya no podia quedar duda alguna en cuanto á sus calumnias y violencias. Ademas, era evidente que habian formado el designio de hacer triunfar al arrianismo, supuesto que recibian en su comunión á arrianos determinadamente excomulgados en el concilio de Nicea: los elevaban hasta al sacerdocio y al episcopado, y no llevaban otro objeto en todos sus atentados, que obligar á los fieles á comunicar con estos hereges. Pronuncióse, pues, sentencia condenatoria contra ocho de los principales gefes de esta faccion, que fueron depuestos del episcopado, y privados de la comunión de los fieles. Los tres usurpado-

res de las sillas de San Atanasio, Marcelo y Asclepas, á saber, Gregorio, obispo intruso de Alejandría; Basilio, de Ancira y Quinciano, de Gaza, fueron igualmente depuestos y excomulgados. Se prohibió escribirles ni recibir sus cartas, y quedaron privados de ejercer sus funciones los ordenados por ellos. Estas diversas sentencias fueron notificadas en varias cartas sinodales: una de ellas dirigida á todos los obispos, contiene una relacion extensa de cuanto habia pasado en el concilio, y les exhorta á aprobar con sus firmas los decretos de aquel; otra escrita al Papa Julio en particular se limita á participar en pocas palabras las decisiones tomadas, añadiendo que sabria los pormenores por sus legados ó por las mismas actas, y rogándole que informase á los obispos de Italia, de Sicilia y de Cerdeña. La tercera dirigida á los emperadores, contenia tambien la exposicion de cuanto habia ocurrido, y en ella se les suplicaba que pusiesen término á las persecuciones de los arrianos, y que prohibiesen á los magistrados intervenir con su autoridad en las cuestiones eclesiásticas. Por último, se escribieron otras cartas á las Iglesias cuyos obispos habian sido rehabilitados, á fin de exhortar á los fieles á que se separaran de los usurpadores ordenados por los ensebianos; mas de trescientos obispos firmaron estas resoluciones en las copias que se les enviaron.

Terminados así los negocios particulares que se habian sometido á su exámen, el concilio hizo muchos reglamentos de disciplina que no tardaron en recibirse así en Oriente como en Occidente, y que se citaron por mucho tiempo con el nombre de concilio de Nicea, como continuation del cual se miró en cierto modo el de Sardica, porque no habia tenido otro objeto que confirmar las doctrinas del primero. Compónense éstos reglamentos de veinte cánones: en los dos primeros se prohibe á los obispos pasar de una silla á otra, so pena de excomunion, y sin que puedan alegar como disculpa que fueron llamados por cartas ó por eleccion de los pueblos, porque es fácil conseguir dichas cartas sobornando á los fieles. Se añade que si alguno resultare culpable de estos artificios, será privado de la comunión, aun en el artículo de la muerte; lo que debe entenderse de la reconciliacion solemne que hemos hablado varias veces. Otros cánones confirman ó explican las reglas establecidas sobre la ordenacion de los obispos, su jurisdiccion y los deberes de la residencia. Se prohibe elegir para obispos á los fieles recién bautizados, ó á los que no hayan ejercido mucho tiempo las funciones en pueblos pequeños para no degradar la dignidad. Prohibese á los obispos, so pena de ser depuestos, que hagan viages á la corte, á no tener una orden expresa del emperador, ó mediar una grave necesidad; y se autoriza á los obispos de las ciudades sitas en los caminos reales, para que cuando vean pasar á otro obispo, se informen á dónde va y con qué objeto; tambien se les prohibe pasar mas de tres semanas

(1) A pesar de esta rehabilitacion, la ortodoxia de Marcelo, de Ancira, quedó muy sospechosa, y los orientales le imputaron siempre la tacha de sabelitanismo. San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros muchos le han acusado de que profesaba realmente los errores de Fotino, su discípulo; y aun aparece de los fragmentos de San Hifario, que fué condenado por San Atanasio casi inmediatamente despues del concilio de Nicea. Pero este último hecho parece á lo menos muy dudoso, pues que San Atanasio en su epístola á los socitarios, y en su apología compuesta hácia el año 355 contaba todavía á Marcelo, de Ancira, entre los obispos ortodoxos; lo que supone que si habia tenido dudas acerca de su doctrina, se habian disipado entónces plenamente. Sea como fuere, el concilio de Sardica juzgó á Marcelo, examinando sus libros, como el Papa Julio le habia abuelto en vista de su profesion de fé manifiestamente católica; y aunque este obispo hubiese ocultado en efecto sus opiniones heterodoxas, nada podria concluirse contra estas sentencias que no recaian sobre errores secretos ó formalmente retractados.

fuera de su diócesis sin causa legítima; y esta regla se extendió hasta los sacerdotes y diáconos. Ultimamente, se permite á los presbíteros y diáconos excomulgados por su obispo apelar al concilio de la provincia; añadiendo que la sentencia de aquel deberá subsistir provisionalmente, y que antes de la revision nadie podrá comunicar con ellos.

Pero los cánones mas importantes son los concernientes al enjuiciamiento de los obispos, por lo que nos parece que debemos ponerlos textualmente para añadir algunas observaciones. El tercer cánón termina con una proposición de Osio, concebida así: "Si un obispo condenado por cualquiera causa, está tan seguro de su derecho, que quiera ser de nuevo juzgado en un concilio; honremos, si lo hallais por conveniente, la memoria de San Pedro, de modo que los que hayan examinado la causa escriban al obispo de Roma, y si este juzga oportuno rever la causa, elija los jueces: si cree que no ha lugar á la revision, se atenderán á lo que haya decidido." Todo el concilio aprobó esta proposición. Algunos autores heterodoxos han querido ver en este cánón el origen de las apelaciones á Roma; y la fórmula condicional, "si lo hallais por conveniente," les parece que demuestra que se trata de un nuevo derecho subordinado al beneplácito del concilio, y no de una prerogativa inherente á la primacía del soberano Pontífice. Pero es evidente que ni en el fondo ni en la forma de la proposición de Osio, hay la menor apariencia de fundamento á la inducción que quiere sacarse de ella, porque por una parte no se trata de ningún modo de apelación intentada ante la Santa Sede por un obispo sentenciado, sino de un paso que deben dar los mismos jueces para honrar al sumo Pontífice, sometiendo la causa aun antes que se la lleven en apelación, es decir, que si un obispo pide la revision de su sentencia, en vez de apelar á otro concilio y ante jueces nombrados por el metropolitano en las inmediatas provincias, deberá dirigirse al Papa para que falle por sí solo, ó nombre otros jueces, lo que evidentemente no tiene conexión alguna con una apelación interpuesta ante el Papa por el sentenciado. Por otra parte, las palabras, "si lo teneis por conveniente," son una fórmula usada en los concilios aun respecto de las proposiciones menos sujetas á controversia.

El cuarto cánón prescribe que si un obispo, depuesto por sentencia de los obispos limítrofes, declara que desea que se revea su causa en Roma, no deberá ordenarse obispo que le sneda, hasta que el Papa haya fallado en apelación. Ultimamente, el cánón sétimo está concebido en estos términos: "Cuando un obispo depuesto por el concilio de la provincia haya apelado y llevado su causa ante el obispo de Roma; si el Papa tiene á bien que sea examinada de nuevo, se dignará de escribir á los obispos de la provincia inmediata, para que procedan á instruir y fallar la causa con el mayor cuidado posible; y si el obispo depuesto le persuade que envíe un pres-

bítero cerca de su persona, el Papa podrá en este punto hacer lo que tenga por conveniente. Estará en sus facultades enviar comisionarios que juzguen en virtud de su autoridad con los obispos, ó decidir que éstos procedan solos á terminar la causa." Aquí se ve formalmente reconocida la autoridad del soberano Pontífice, y es manifiesto que semejantes disposiciones no se dirigian á crear nuevas prerogativas, sino á sostener y confirmar el derecho que esencialmente pertenece al Papa, porque muchos obispos que asistian al concilio, habian intentado ya anteriormente apelaciones á la Santa Sede, y el Papa Julio despues de haber empleado su autoridad para rehabilitar á San Atanasio, proclamó este derecho incontestable y constantemente reconocido por todos los cristianos.

Los eusebianos que se habian retirado de Sardica, se juntaron en Filipópolis en Tracia para celebrar un concilio particular, que querian hacer pasar por el único legítimo. Allí publicaron una larga carta sinodal que esparcieron por todas partes, con fecha en Sardica, para que así tuviese mas autoridad. Renovaban en ella sus calumnias contra San Atanasio y los demas obispos depuestos por ellos: los acusaban de que introducian la division y perturbaban la Iglesia entera con el fin de mantenerse en sus dignidades: se quejaban de que los occidentales, despreciando las sentencias de los concilios celebrados en el Oriente, hubiesen concedido su comunión á obispos cargados de crímenes; y con este pretexto tuvieron la increíble temeridad de excomulgar á los mas celosos defensores de la fé católica, á Osio, á San Maximino, de Tréveris, y hasta al mismo Papa Julio. Terminaban la carta con otra nueva profesion de fé, en que omitian, como era su costumbre, la palabra consustancial; pero condenando, sin embargo, á los que decian que el Hijo fué hecho de la nada, ó que es de otra sustancia diferente de la del Padre. Dirigieron esta sinodal á todos los obispos, y entre ellos á Donato, obispo cismático de Cartago, para atraerle al partido de los arrianos; no por eso dejaron los donatistas de conservar la verdadera doctrina sobre la consustancialidad del Verbo (1).

Este criminal atentado de los eusebianos causó por algun tiempo una grande division entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Los obispos de esta última, unidos al soberano Pontífice, permanecian adictos invariablemente á la fé de Nicea, y no querian comunicar con los que se apartaban de ella. Al contrario, en Oriente el partido de los arrianos sostenido por el emperador, continuaba dominando, menos á la verdad por el número de sus adictos que por la violencia. Muchos obispos y gran parte de los fieles, y en especial los monges y las vírgenes, conservaban pura la doctrina católica, profesaban el simbolo de Nicea sin restriccion, y se manifiesta

(1) Hilar. *Fragm.*—Sozom. lib. III.—August. *Contr. Crescon.* lib. III, cap. XXXIV.

ban unidos en creencia y comunión con San Atanasio y los occidentales: otros que en sustancia tenían la misma doctrina, solo repugnaban la palabra consustancial, y no se obstinaban en impugnarla sino porque se habían comprometido á no admitirla desde el principio. Ultimamente, algunos persuadidos de los perjuicios de las disputas, se adherían á un partido ó á otro, según los atraía el crédito ó la amistad; y así es como los eusebianos, cuya mayor parte eran al parecer tolerados todavía por la iglesia, hallaban el medio de hacer que cierto número de católicos abrazasen sus intereses, cuidando de disimular sus errores con expresiones que podían admitir en cierto modo un sentido ortodoxo (1).

Después de la condenación de sus gefes principales en el concilio de Sardica, redoblaron los eusebianos sus violencias contra los que rehusaban comunicarse con ellos. A diez personas cortaron la cabeza por esta razón en la ciudad de Andrinópolis, y al obispo le cargaron de cadenas que le sujetaban por el cuello y las manos, y así le enviaron al destierro, en que murió de sus padecimientos. Los dos obispos de Arabia, Asterio y Macario, que los habían abandonado en Sardica, fueron desterrados después de experimentar todo género de malos tratamientos; otros muchos tuvieron que sufrir iguales persecuciones. Como el intento principal de los eusebianos era impedir á San Atanasio el regreso á su Iglesia, determinaron á Constancio á que mandase guardar los puertos y las entradas de las ciudades, y aun le hicieron escribir á los magistrados de Alejandría que si se le hallaba en la ciudad ó sus inmediaciones, sería permitido cortarle la cabeza (2).

Entre tanto, quiso el emperador Constante que se observase lo dispuesto en el concilio de Sardica, y repuso á los obispos injustamente depuestos. Así, escribió á su hermano Constancio una carta llena de firmeza, en que declaraba que si era necesario, él mismo iría á raponerlos á la cabeza de su ejército; y comisionó para llevarla de su parte y de la del concilio á dos obispos, Vicente, de Capua, y Eufhras, de Colonia, con un oficial llamado Salieno. La noticia de que iba aquella diputación, alarmó á los arianos, y sobre todo, á Estéban, obispo de Antioquia, uno de los depuestos en el concilio de Sardica. Para impedir sus efectos trató de manchar la reputación de los dos obispos; y en cuanto llegaron á Antioquia, por la primavera del año 348, se dirigió Estéban á un joven libertino, llamado Onagrio, para que introdujese en el aposento de aquellos á una prostituta, á quien facilitó la entrada un criado de la casa. Despertando Eufhras al ruido que causó al entrar, apenas hubo oído voz de mujer, hizo una exclamación de sorpresa y de terror é invocó el nombre de Jesucristo. Asombrada también la ramera, y

viendo á un anciano, que parecía obispo, comenzó á dar gritos y se quejó de que la habían engañado. Entonces acudió Onagrio con muchos de sus compañeros de desórdenes, y esforzándose en vano para hacerla callar, decían á veces que habían hallado á los obispos con una muger pública: todos los de la casa acudieron al ruido y se apresuraron á cerrar las puertas. Onagrio se escapó; pero prendieron á siete cómplices y á la cortesana. Al siguiente día acudieron los obispos, acompañados de Salieno, para pedir justicia contra esta infamia. El emperador Constancio mandó que se diese tormento á los presos para que descubriesen el autor y cómplices de la trama. También fué aprendido Onagrio y compareció la tercera de la cortesana; y por las deposiciones de todos se justificó que esta intriga odiosa se había urdido por orden de Estéban. Se le puso, pues, á disposición de los obispos que se hallaban reunidos en Antioquia, y no pudieron menos de deponerle y excomulgarle. A pesar de esto, los arianos tuvieron todavía bastante crédito para nombrar en su lugar á Leoncio, á quien no había querido San Eustaquio admitir en su clero, y que elevado posteriormente al sacerdocio, se había hecho irregular, castrándose á sí mismo á fin de poder habitar con una muger de quien no quería separarse (1).

Intimidado Constancio con las amenazas de su hermano, consultó á los principales eusebianos, que no dudaron aconsejarle que accediese á los deseos de éste para evitar la guerra civil, cuyo éxito podía ser funesto á su partido en ocasión en que todas las fuerzas del Oriente estaban empleadas contra los persas. Fueron, pues, repuestos en sus sillas, San Pablo, de Constantinopla, y Asclepas, de Gaza; y Constancio escribió sucesivamente tres cartas á San Atanasio para asegurarle que podía volver á su Iglesia con toda confianza. El santo patriarca, que conocía muy bien el disimulo y el odio de sus enemigos, no creyó prudente apresurar su regreso, mientras Gregorio vivió. Pero muerto éste al comenzar el año 349, no vaciló San Atanasio en marchar allá. En todo el tránsito recibió las muestras de unión y amistad de los obispos, y en particular del Papa Julio, que escribió á la Iglesia de Alejandría una carta de felicitación por esta ocurrencia. Habiendo pasado á Antioquia para ver á Constancio, no quiso comunicarse en casas particulares. El eustatiano que celebraba con todas las señales de un sincero afecto: le recomendó al clero y pueblo de Alejandría: mandó anular todos los procedimientos, cartas y otras actas que existían contra él y contra sus parciales en los archivos públicos; y le prometió, por último, hasta con juramento, que jamás daría crédito á las calumnias de sus enemigos. Mas como al mismo tiempo le pidiese que dejara una iglesia en Alejandría para los que no perte-

(1) Socr. lib. II, cap. XX.—Sozóm. lib. III, cap. XIII.

(2) Athan. *Epiet. ad Solit.*

(1) Athan. *Ad Solit.*—Theod. lib. II.

neceia á su comunión; el santo obispo, á fin de salir del apuro, respondió que consentiría en ello, si se concedía de la misma manera á los de su comunión otra iglesia en Antioquia. Los arrianos no quisieron admitir esta condición, y Constancio abandonó su intento.

Continuando San Atanasio su viage por Siria, llegó á Jerusalem, donde San Máximo y otros quince obispos de la Palestina se reunieron en concilio y abrazaron su comunión. Al fin entró en la ciudad de Alejandría en el año 349, después de ocho de ausencia, y fué recibido con increíble alegría. Todos se deshacían en acciones de gracias, corrían en tropel á las iglesias para oír sus instrucciones, y rivalizaban sobre todo en celo y docilidad para ponerlas en práctica. Parecía cada casa un templo destinado á la oración, y animados los fieles de una santa emulación, se ejercitaban á porfía en obras de caridad y en actos de todas las virtudes cristianas. Los obispos de Egipto y de la Libia, íntimamente adheridos á su santo patriarca, acudieron en gran número á la metrópoli, y todos solícitos firmaron los decretos del concilio de Sardica. Otra multitud de obispos de todos los países le escribían diariamente para asegurarle que continuaban en su comunión. Aun muchos de sus enemigos buscaban su amistad, disculpándose con la violencia de los arrianos, y retractando lo que habían hecho ó escrito contra él. Ursacio y Valente entre otros, viendo que San Atanasio había sido repuesto honoríficamente, aparentaron al menos que se reconciliaban con él; y en una carta declararon que abrazaban su comunión, y se retractaron por escrito de todas las calumnias que le habían imputado (1).

Poco después del concilio de Sardica se congregó otro en Milán contra Fotino, obispo de Sirmio, que renovaba los errores de Sabelio y de Pablo, de Samosata. Era natural de Ancira en Galacia, discípulo del obispo Marcelo, á quien los arrianos acusaban de los mismos errores. Por su talento había llegado á ocupar la silla metropolitana de la Hirie; y su vanidad, junta á la corrupción de sus costumbres, le arrastró á la manía de dogmatizar: negó la distinción de las divinas Personas, y afirmó que Jesucristo era puro hombre, que había tenido principio en María, y que no era propiamente Hijo de Dios, ni estaba personalmente unido á la divinidad. Ya los obispos orientales habían condenado á este heresiarca en el concilio celebrado en Antioquia el año 345. Los occidentales le depusieron y excomulgaron la primera vez el año 347, en el concilio de Milán, y la segunda el de 349, en otro concilio congregado, según unos, en la misma ciudad, y según otros en Roma. Pero quedaron sin efecto estas condenaciones, y no se le pudo expulsar de su silla hasta dos años después.

(1) Athan. *Apol. II.*—Sozom. lib. III.

También intentó el emperador Constante poner coto á las divisiones que turbaban la Iglesia de Africa. En el año 347 envió á esta provincia á Pablo y Macario, oficiales de categoría, encargados de repartir limosnas, y de trabajar por extinguir el cisma. Todo cuanto estuvo á su alcance hicieron los obispos donatistas para oponerse al buen suceso de aquellos. Donato, de Cartago, se desató en injurias contra el emperador, y prohibió en todas partes recibir sus dádivas. Otro Donato, obispo cismático de Bagai, excitó á los *circuncelliones* á tomar las armas, de manera que Pablo y Macario, no hallando otro medio de poner en seguro sus personas y los tesoros que llevaban, se dirigieron al conde de Africa para pedir una fuerte escolta de tropa. Sin embargo, no dejaron de acometerle los *circuncelliones*, y en muchas ciudades fué preciso pelear. Murieron muchos obispos donatistas, y otros se vieron precisados á huir con su clero. Entonces se reunieron á la Iglesia católica una multitud de sus partidarios. Donato, de Bagai, desesperado, se arrojó en un pozo: un tal Márculo se precipitó de una Peña; y la secta los honró como á mártires (1).

Reunieronse los obispos católicos en diferentes provincias para corregir los abusos originados por el cisma; y Grato, obispo de Cartago, congregó con el mismo objeto un concilio de todos los obispos de Africa hácia el año 348 ó 349. Cuéntase por el primer concilio de Cartago, aunque haya habido otros antes, porque es el mas antiguo de que se conservan cánones. Como el error capital de los donatistas consistía en considerar nulos los sacramentos conferidos fuera de su secta; se principió por prohibir que se reiterase el bautismo, administrado en nombre de las tres divinas Personas. También se prohibió honrar como mártires á los que se suicidaban; y después se hicieron varios reglamentos reducidos en su mayor parte á confirmar algunos decretos de concilios anteriores sobre disciplina. Solo es digno de notarse el cánón que exige que sean tres los obispos para juzgar á un diácono, seis para un presbítero y doce para un obispo.

Ast triunfaba generalmente la Iglesia en todas partes por el celo de Constante, cuando este príncipe, despojado del imperio por conjuración de sus principales oficiales, fué condenado á morir en 27 de Febrero del año 250. Proclamado emperador Magnencio en Autun, se hizo inmediatamente dueño de las Galias, del Africa y de Italia. No obstante que profesaba el cristianismo, por interesadas miras quiso lisonjear á los infieles y revocó las leyes de Constantino sobre prohibición de los sacrificios secretos. De allí á poco tiempo Vetranion vistió la púrpura en la Pannonia, y Nepociano en Roma. Pero éste último pereció al cabo de veintiocho días, y no tardó Vetranion en ser despojado por Constancio. Se hallaba

(1) Optat. *Milev. lib. III.*

éste haciendo la guerra á los persas, cuando supo la muerte de su hermano: al punto atendió á la custodia segura de las plazas de Siria, y se puso en camino para el Occidente. Sapor emprendió inmediatamente el sitio de Nisibe en la Mesopotamia, con un ejército considerable; pero esta ciudad, á punto ya de ser tomada, se libertó por las oraciones de Santiago, su ilustre obispo. Sabiendo que Sapor, irritado de la duración del sitio, blasfemaba é insultaba al Dios de los cristianos, se presentó en las murallas á ruegos de su diácono San Efrén, y conjuró al Señor para que hiciese ostentación de su poder á vista de los idólatras, disipando aquel ejército por medio de los animales mas pequeños. Al instante cayeron sobre los enemigos nubes de mosquitos que se introducían por las trompas de los elefantes, por los ojos, las orejas y las narices de los caballos, los cuales no pudiendo contenerse ya, rompían las riendas y ponían en el mayor desórden y confusión las filas de los infantes. Forzoso le fué á Sapor reconocer la mano de Dios, y levantando el sitio, se retiró vergonzosamente. Poco despues de este suceso, murió Santiago de Nisibe, el año 350 (1).

Por la misma época, la ciudad de Jerusalem fué testigo de otro milagro que no debemos omitir. El dia 7 de Mayo del año 351, apareció en el cielo una cruz luminosa, que deslumbra con su esplendor y se extendía desde el Calvario hasta el monte de las Olivas, en una longitud de unos tres cuartos de legua, y aun á proporción. Dejose ver á las nueve de la mañana, y duró muchas horas á la vista de una inmensa poblacion que acudia de tropel á las iglesias, alabando á Jesucristo y confesando su divinidad. Esparcióse con prontitud la noticia de este prodigio por todas partes, y se convirtieron, en consecuencia, multitud de judíos y de paganos (2).

Llegado que hubo á la Pannonia el emperador Constancio, ganó al ejército de Vetrariano, y así le despojó de la púrpura sin combate, el 25 de Diciembre del año 350. Luego dió el título de César á su primo hermano Galo, y enviándole al Oriente contra los persas, continuó en sus preparativos para acometer á Magnencio que por su parte se adelantaba con numerosas tropas. Despues de algunas negociaciones sin éxito, se trabó batalla el 28 de Setiembre de 351, junto á Mursa, en la Pannonia: disputóse la victoria mucho tiempo; pero al fin quedó por Constancio. No se había atrevido á ponerse á la cabeza de su ejército, y durante la acción había estado en una iglesia orando con algunas personas, entre las cuales se hallaba el obispo arriano Valente, que había tomado todas las disposiciones para saber el primero el resultado de la batalla. Instruido, pues, secretamente de que los enemigos cejaban y

(1) Theodor. lib. II, cap. XXX—Philostorg. lib. III, cap. XXXII.

(2) Sozom. lib. IV, cap. IV.—Ciril. Hierosol. *Epist. ad Const.*

empezaban á huir, fué á participarlo á Constancio, añadiendo con descarada impudencia que lo había sabido por revelacion. Persuadióse el crédulo emperador que la victoria se debía á las oraciones del obispo, y redobló mas su adhesión y celo por el arrianismo. Magnencio derrotado repasó los Alpes y levantó nuevo ejército en las Galias; pero segunda vez fué vencido en el año 353, y se mató de desesperacion, habiendo reinado tres años y algunos meses (1).

Quedó Constancio entonces único dueño del imperio, y en el mismo año publicó un edicto prohibiendo los sacrificios nocturnos que Magnencio había permitido: en el año 357 promulgó dos leyes que abolían todas las prácticas de la magia, y prohibían consultar á los adivinos so pena de muerte: por último, al siguiente mandó que los mágicos despues de sufrir el tormento, fuesen condenados al suplicio de la cruz. No contentándose con destruir indirectamente la idolatría por medio de estas leyes contra el arte adivinatoria, cuyas prácticas supersticiosas formaban parte del culto pagano, publicó otros dos edictos, uno en el año 353 y otro en el de 356, mandando cerrar los templos en todas partes, y prohibiendo enteramente los sacrificios, pena de la vida y de confiscacion de bienes. Aunque estas dos últimas leyes están insertas en el código teodosiano, algunos eruditos modernos niegan su autenticidad, porque aun en época posterior á su publicacion se hallan hechos y monumentos que prueban el ejercicio público del culto pagano, á lo menos en el Occidente; pero fácilmente se concibe lo frívolo de esta razon, que podría servir para desechar igualmente otras muchas leyes que han sido mejor observadas.

Muerto Magnencio, el reinado de Constancio no fué mas que una dilatada serie de persecuciones contra los católicos, y desde entonces los arrianos, seguros de su apoyo, no pusieron limites á sus violencias. No habían aguardado á esta época para deshacerse de San Pablo, de Constantinopla, que había sido desterrado muchas veces, y había vuelto á su Iglesia con la proteccion de Constante. Mas luego que murió éste, hallándose aún Constancio en Antioquia, dió orden á Filipo, prefecto del pretorio, de que echase de su silla á Pablo, y colocase en su lugar á Macedonio. Como el pueblo católico manifestaba el mayor afecto al santo obispo, fué menester usar de maña y ocultar las órdenes del emperador. Pidió el prefecto á San Pablo que fuese á verle para un asunto importante, y al punto hizo embarcarle en un bajel que estaba pronto para llevarle al lugar de su destierro. Pero cuando llegó el caso de poner á Macedonio en posesion de la Iglesia episcopal, corrió el pueblo á oponerse á su entrada, y echándose los soldados sobre él con espada en mano, quedaron muertas á estocadas ó solocadas, entre la muchedumbre mas de tres mil personas. San Pablo, cargado de

(1) Sulpic. *Ser. Hist.* lib. II.
Tom. I

cadena, fué conducido á Cucusa en los desiertos del monte Tauró, y encerrado en una estrecha prision, donde sus enemigos le ahogaron á fines del año 250 (1).

En el mismo, habiendo escrito algunos obispos de Occidente á los orientales para informarlos de la condenacion de Fotino, éstos en su respuesta unieron al nombre de este hereje el de Marcelo, de Ancira, y aun publicaron que San Atanasio habia condenado al último, apenas concluido el concilio de Sardica: de esta manera esperaban debilitar la autoridad de dicho concilio, y hacer sospechosa la sentencia que habia pronunciado en favor del mismo San Atanasio. Con efecto, este santo patriarca era siempre el principal objeto del odio de los arrianos, que de nuevo principiaron á perseguirle con sus calumnias; pero Constancio no tuvo aún por conveniente inquietarle y perturbar una provincia tan importante como el Egipto, en ocasion en que sus propios intereses le traian bastante apurado. Al contrario, le pareció que debia escribirle para tranquilizarle, y envió órdenes terminantes al duque de Egipto, prohibiéndole que se intentase nada contra aquel (2).

Como Fotino se mantenía en su Iglesia por el afecto que le manifestaba el pueblo, Constancio, á fin de verle nuevamente condenado, reunió en el año 351 un concilio en Sirmio, en la Pannonia, donde esperaba los resultados de la guerra. En él se pronunció contra este hereje sentencia de destitucion; pero prometiéndole su rehabilitacion si queria retractar sus errores. Negóse á ello, y el emperador le envió á un destierro, donde permaneció hasta su muerte. Publicó una obra en griego y latin para defender sus doctrinas, y dejó un corto número de partidarios que se perpetuaron por algun tiempo en la Iliria. El concilio de Sirmio se compuso de veintidos obispos, la mayor parte orientales, y casi todos del partido arriano: los mas conocidos son Basilio, de Ancira; Teodoro, de Heraclea; Narciso, de Nerouíades; Silvano, de Tarsó; y Márcos, de Aretusa. Redactó una nueva fórmula de fé, compuesta casi enteramente con las palabras de las Santas Escrituras, y que no tiene otra cosa notable que la afectada omision de la voz *consustancial*. Añadieronse en él veintisiete anatemas contra diferentes errores, particularmente contra los de Fotino, que negaba, como hemos dicho, la distincion de las divinas Personas, y afirmaba que Jesucristo no era mas que un puro hombre. Tambien se condena en dichos anatemas, á los que dicen que el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo son tres dioses. En lo concerniente al arrianismo, se condena expresamente á los que dicen que el Hijo fué sacado de la nada, ó que hubo un tiempo en que no existía: que es de otra sustancia y no Dios: que fué hecho por la voluntad de Dios, como las criaturas: ó

(1) Socr. lib. II.—Sozom. lib. III.

(2) Hilar. *Fragm.*—Athanas. *Ad Solit.*

por último, que su divinidad ha experimentado alguna alteracion ó alguna disminucion. Pero al mismo tiempo parece que se asienta su inferioridad cuando se dice: "Nosotros no igualamos el Hijo al Padre, y le concebimos como subordinado á este." Sin embargo, es posible que con estas palabras se quiere denotar, no una diferencia de naturaleza, sino una relacion de origen, y expresar simplemente que el Hijo procede del Padre, y que no es otro Dios sin principio y no engendrado, sino un mismo Dios con el Padre, que le comunica la naturaleza divina por generacion. Y en efecto, este es al parecer el sentido que resulta de lo que precede y sigue; de manera, que si debe considerarse esta primera fórmula de Sirmio como insuficiente, porque no expresa el dogma católico con los términos que la Iglesia habia juzgado necesarios para cortar las sutilezas heréticas, se puede decir, sin embargo, que no contiene nada que no admita un sentido ortodoxo: así ha juzgado el mismo San Hilario (1).

Algun tiempo despues, Leoncio, de Antioquia, Acacio, de Cesarea, en Palestina, Teodoro, de Heraclea, y los otros arrianos depositos en el concilio de Sardica, viendo el crédito que con su impositura habia obtenido Valente, se unieron á él, y todos juntos acudieron al emperador Constancio, para representarle que la reposicion de San Atanasio arruinaba á su partido: que él no habia cesado de combatir la doctrina del arrianismo, y que por todas partes espacia escritos contra ellos, que se hallaban á punto de ser abandonados de todo el mundo, tratados públicamente como hereges, y puestos en la categoria de los maniqueos; tacha que recaeria sobre el mismo emperador, que se habia declarado protector suyo. Añadieron la odiosa calumnia de que San Atanasio, despues de haber procurado irritar contra él al emperador Constante, se habia apresurado á reconocer al usurpador Magnencio por medio de una carta, cuya copia decian tener en su poder. Estos discursos produjeron su efecto en el ánimo débil y crédulo de Constancio, que desde entonces olvidó todas las promesas que habia hecho al santo patriarca, y puso por obra todos los medios para obligar á los obispos á que se apartasen de su comunión.

Habiendo entrado este príncipe en Italia con tales disposiciones, en la primavera del año 352, pareció á los arrianos favorable la ocasion para arrancar al Papa la condenacion de San Atanasio. Escribieron, pues, contra él, é hicieron que al mismo tiempo escribiesen los melecianos unas cartas en que le acusaban de muchos crímenes, y entre otros, de haber conferido órdenes en ciudades donde no tenia jurisdiccion. Estas cartas fueron entregadas al Papa Liberio, que acababa de suceder á Julio en 22 de Mayo del propio año. Muy luego recibió otras que ochenta obispos de Egipto le es-

(1) Hilar. *De Synod.*—Socr. lib. II, cap. XXX.

cribian en defensa de su santo patriarca. Juntó el Papa un concilio para examinar este negocio, y habiéndose convenido de la inocencia de San Atanasio, no le quiso condenar. Pero como veía amenazada la fé por la influencia siempre creciente de los arrianos, creyó que debía pedir al emperador la convocacion de un concilio en Aquileya, y á este fin diputó á Vicente, de Capua, y á otro obispo de la Campania.

Los dos legados fueron á buscar á Constancio á las Galias, á donde habia pasado despues de la muerte de Magnencio, hácia fines del año 353. Dominado el emperador por Valente y los otros arrianos que iban en su comitiva, acababa de congregar un concilio en Arlés para que condenase á San Atanasio, y á fin de asegurar el logro de su intento, habia publicado un edicto, en que imponia la pena de destierro á los que se negasen á firmar esta condenacion. Los católicos pedian que se tratase primeramente de lo que pertenecía á la fé, y luego pasarían á deliberar sobre las acusaciones personales; y Vicente, de Capua, llegó hasta prometer por escrito, y por el bien de la paz, que se conformaría con los deseos del emperador si se quería antes condenar la heregía de Arrio. Pero Valente y los orientales desecharon esta proposicion, y á fuerza de amenazas y malos tratamientos, arrancaron al fin al legado Vicente la condenacion del santo doctor. Su ejemplo llevó tras sí á la mayoría de los demas obispos; sin embargo, no tardó aquel en reparar el escándalo de esta caída. San Paulino, de Tréveris, que constantemente se opuso, fué desterrado á Frigia, donde murió despues de cinco años de padecimientos, en el 358 (1).

Vivamente afligido el Papa Liberio de la debilidad de su legado, se apresuró á desaprobar públicamente su conducta, exhortando á los obispos á que no se dejasen abatir por las violencias que se ejerciesen contra ellos. Tambien escribió al emperador para pedirle con las mayores instancias la convocacion de un concilio, haciéndole presente que no se trataba solo de la causa de San Atanasio, sino de la fé católica, visiblemente comprometida con la oposicion manifiesta á condenar la heregía de Arrio. Evió esta carta con Lucifer de Caller, metropolitano de Cerdeña ó islas adyacentes, prelado que se habia hecho ya ilustre en la Iglesia por la pureza de su vida, sus luces, su firmeza y su celo en defensa de la fé: acompañábanle en calidad de legados, un sacerdote y un diácono. El Papa escribió al mismo tiempo á San Eusebio, de Verselli y á Fortunaciono, de Aquileya, rogándoles que uniesen sus esfuerzos á los suyos, y apoyasen con sus representaciones, las gestiones que hacia con el emperador. San Eusebio era natural de Cerdeña, y despues de haberse ordenado de lector en Roma, habia fijado su residencia en Vercelli, para cuyo obispado fué elegido por su mérito eminente.

(1) Athan. *Ad Solit.*—Sulp. Sever. lib. II. cap. 40. §. 1. 1111 (1).

te. Fué el primero que en Occidente reunió las prácticas de la vida monástica á la clerical, habiendo congregado en comunidad á sus eclesiásticos, y viviendo con ellos en los ejercicios regulares del ayuno, de la oracion y del trabajo.

Rindióse Constancio á los deseos del Papa, y prometió reunir al año siguiente un concilio en Milán, á donde no concurren mas que unos pocos obispos orientales; pero justamente era los mas ardientes fautores del arrianismo: los occidentales pasaban de trescientos. Previendo San Eusebio, de Vercelli, cuál seria el resultado, no consintió en presentarse en el concilio, sino en fuerza de las urgentes instancias de los obispos, del emperador, y sobre todo de los legados del Papa. Cuando llegó, no le permitieron por espacio de diez dias, entrar en la iglesia donde se celebraba el concilio. Despues le mandaron comparecer, y le instaron para que firmase la condenacion de San Atanasio. Se negó á ello, pidiendo que primero suscribiesen todos los obispos el simbolo de Nicea. Entonces San Dionisio, obispo de Milán y discípulo de Eusebio, tomó al instante un ejemplar de este simbolo, y el primero se puso en ademan de suscribirle; pero Valente, de Mursa, le arrancó el papel y la pluma de las manos; y como se acaloraba la contestacion, el pueblo comenzó á gritar que era necesario expulsar á los arrianos. Temiendo el emperador las resultas de este tumulto, trasladó el concilio á su palacio, y quiso obligar á los Padres á que suscribiesen un edicto en forma de carta, donde la impiedad del arrianismo se manifestaba sin rebozo alguno. Suponia que esta profesion de fé le habia sido revelada en un sueño, y que era bien clara la ortodoxia de su creencia, cuando el cielo se declaraba en su favor concediéndole tantas victorias. Juzgaron conveniente los arrianos leer esta fórmula al pueblo, que la desechó horrorizado. Entonces se volvió á tratar de la condenacion de San Atanasio, y el emperador mandó que todos los obispos la suscribiesen. Lucifer, Eusebio y Dionisio, le representaron en vano que estaba justificada la inocencia del santo patriarca, con la misma retractacion de sus acusadores, y que por otra parte, las reglas de la Iglesia no permitian condenar á un ausente. “Yo soy su acusador, replicó Constancio: sobre mi palabra no puede quedaros duda alguna, y lo que yo quiero debe servir de regla: obedeced, ó sereis desterrados.” Los obispos católicos protestaron con firmeza contra semejante tiranía, y le suplicaron que no oprimiese la Iglesia, abusando de un poder de que solo era depositario, y del que tendria que dar cuenta en el tribunal de Dios. Pero esta valerosa representacion solo sirvió para ponerle furioso: sacó la espada contra ellos, y mandó que los llevaran al suplicio; pero mudando repentitamente de parecer, se contentó con enviarlos desterrados. La mayor parte de los obispos suscribieron, por miedo ó por sorpresa, la sententia que tan imperiosamente se

les exigía. Este fué el resultado del conciliábulo tenido en la primavera del año 358 (1).

San Dionisio, de Milán, confinado en la Capadocia, alcanzó con sus oraciones morir prontamente, para no sobrevivir á la desolacion de su Iglesia, porque el emperador puso en su lugar á un arriano llamado Auxencio, que habia sido ordenado presbítere por Gregorio, obispo intruso de Alejandria, y que estaba mucho mas versado en los negocios é intereses mercantiles, que en la ciencia de la religion. Ni siquiera entendia la lengua del pueblo que estaba encargado de gobernar, y su apego á la heregia le hacia tan odioso, que fué necesario introducirle en la iglesia á mano armada.

Lucifer de Caller, desterrado á Germánica, en Siria, fué encerrado en una oscura prision, en que nadie podia entrar á verle. San Eusebio, relegado á Scitópolis, en Palestina, tuvo primeramente permiso para recibir á los sacerdotes y diáconos, que le llevaban el ordinario alimento. Pero luego los arrianos le estrecharon la prision y le maltrataron de todos modos. Arrojárse sobre él con furor, le arrastraron por el suelo, le tuvieron muchos dias sin comer, y encerraron en la cárcel á los que le servian ó iban á visitarle. Las circunstancias de este inicuo trato, se hallan en una carta que escribió á la Iglesia de Verceelli y á las inmediatas, para darles gracias por los socorros que le habian enviado con toda solicitud. Luego fué desterrado á la Tebaida, como tambien Lucifer.

Lo que mas ardientemente deseaba el emperador Constancio, era que la condenacion de San Atanasio fuese confirmada con la autoridad que reside principalmente en el obispo de Roma (2). Envió, pues, para ganar al Papa, al eunuco Eusebio con varios regalos y cartas amenazadoras; pero todo fué inútil. Liberio respondió que no podia condenar sin oírle, á un obispo abstuelto por sentencia de varios concilios, y repuesto por la autoridad de la Iglesia romana: que si el emperador deseaba la paz de la Iglesia, debia principiar por expulsar á los arrianos que lo rodeaban, mantener intacta la fé de Nicea, y convocar un concilio en que la violencia de las armas no sofocase la libertad de los obispos. Constancio tomó entonces el partido de arebatar al soberano Pontífice; y para esto escribió al gobernador de Roma, que prendió á aquel una noche, y le condujo á Milán, donde estaba la corte.

En cuanto llegó, le hizo comparecer el emperador ante su consejo, y movió todos los resortes posibles para vencerle. Le manifestó que todo el mundo habia condenado á Atanasio: que un concilio le habia destituido y excomulgado: que no podia revocarse esta sen-

(1) Sozom. lib. IV.—Athanas. *Ad Solit.*—Sulp. Sev. lib. II.

(2) Son expresiones terminantes de Ammiano Marcelino (lib. XV, cap. VII). Conócese por este testimonio de Ammiano Marcelino, que era contemporáneo, cuán manifiesta y auténtica era la tradicion general de los cristianos, acerca de la autoridad de la Santa Sede.

tencia, confirmada por la adhesion de casi todos los obispos: que ademas, él tenia quejas personales de Atanasio, quien habia procurado que le declarase la guerra su hermano el emperador Constancio; y que no daba mas importancia á la derrota de Magnencio, que á la expulsion de aquel obispo sedicioso, el cual estaba sembrando el desórden y la division en todo el imperio hacia muchísimo tiempo. El Papa contestó que no era conforme ni á la equidad ni á las reglas de la Iglesia, el condenar á un obispo sin haber oído su defensa: que los que habian condenado á San Atanasio, eran sus enemigos personales; y que los demas que habian suscrito esta sentencia, habian sido forzados con la violencia y las amenazas, ó seducidos con la esperanza de los favores imperiales: que la falsedad de las acusaciones que se le imputaban, estaba demasadamente demostrada con la retractacion de sus enemigos: que el emperador no debia emplear á los obispos para vengar sus personales agravios: que primero era preciso hacer firmar el simbolo de Nicea, llamar á los obispos desterrados, y dejarlos en completa libertad; y que entonces se podria examinar, segun las reglas canónicas, la causa personal de San Atanasio. Viendo el emperador la inflexible firmeza del Papa, le dió tres dias de término para tomar su resolucion, y despues le desterró á Berea, en Tracia. La faccion de los arrianos trató al instante de darle un sucesor, y eligió á Félix, arcediano de la Iglesia romana. Pero se vieron precisados á ordenarle en palacio, por no haber podido conseguir entrar en ninguna iglesia, porque los fieles se mostraban invariablemente afectos al Papa Liberio, y el clero habia jurado no recibir obispo alguno en su lugar en tanto que viviese. El mismo Félix, aunque ordenado por los arrianos y en comunicacion con ellos, no se apartó jamas de la fé de Nicea. Sucedió el destierro de Liberio en 355, y duró cerca de tres años (1).

No menos deseaba Constancio poder ganar á Osio, cuya autoridad contribuia á retener gran número de obispos. Le mandó, pues, ir á Milán, y le instó con la mayor eficacia que condenase á San Atanasio y entrase en comunicacion con los arrianos. Pero todos los artificios y medios de seduccion no produjeron ningun efecto: Osio rechazó tales proposiciones con tanta entereza, y tomó con tal vigor la defensa de la fé católica y de la inocencia perseguida, que el emperador, movido de sus razones, le permitió regresar á su Iglesia. Una especie de pudor le impidió por el pronto perseguir á un anciano centenario, que por espacio de sesenta estaba ejerciendo el episcopado, que habia merecido el título de confesor durante las persecuciones de los paganos, que habia contribuido á la conversion de Constantino y gozado de toda su confianza, que habia sido el alma de los concilios, y que se habia hecho ilustre en toda la

(1) Athanas. *Ad Solit.*—Theodor. lib. II.

Iglesia por la pureza de su vida y de su doctrina, así como por su celo, prudencia y habilidad. Pero lograron muy luego los cortesanos vencer estos escrúpulos del emperador: continuamente le estaban diciendo que Osio, no contento con resistir á su voluntad, inspiraba á los demas obispos los mismos sentimientos; que no tenia exhortarlos en sus cartas á morir antes que suscribir la condenacion de Atanasio; que habiendo compuesto él mismo el símbolo de Nicea, siempre se habia manifestado uno de sus mas celosos defensores: que en todas partes trataba de hereges á los que desechaban la palabra *consustancial*, que el logro de todos sus intentos le habia inspirado una presuncion insoportable; y que así, para hacer un escarmiento, era necesario tomar al fin el partido de reprimir y castigar su insolencia.

Persuadido el emperador con estas reflexiones, escribió á Osio muchas cartas, en que mezclaba los alagos con las amenazas, y el obispo dió una respuesta, que es un modelo de la magnanimidad episcopal: "Por primera vez confesé á Jesucristo durante la persecucion de vuestro abuelo Maximiano: si quereis seguir sus huellas, me hallareis todavia pronto para sufrir cualquiera género de padecimientos, antes que hacer traicion á la fé y condenar á un inocente. Os declaro mas: que renuncio á vuestra comunión si continuais escribiéndome en ese tono amenazador. Dejad de escuchar á calumniadores, y no intentéis dominar la fé por medio de la violencia. Acordaos que sois mortal, y tened los juicios de Dios. No os mezcléis en los negocios eclesiásticos: no trateis de darnos órdenes en este punto, sino seguid, al contrario, nuestros consejos. Dios os confió el gobierno del imperio; á nosotros el de la Iglesia; y así como se opone al órden de Dios el que atentare á vuestro poder, así vos no podeis sin cometer un crimen, usurpar la autoridad que pertenece á la Iglesia." No le hizo mucha fuerza á Constancio esta carta: obligó á Osio á que se le presentase segunda vez, y le retuvo un año entero en Sermio, donde se emplearon contra este venerable anciano todo género de ultrajes y malos tratamientos para rendirle. Fué azotado con varas y atormentado cruelmente, hasta que por último arrastrando la debilidad del cuerpo al espíritu y amainando su valor, consintió en comunicarse con los arrianos; pero sin querer condenar á San Atanasio (1).

(1) Inputa formalmente San Hilario á Osio que suscribió la segunda fórmula de Sirmio, en la que se descubre claramente el arrianismo puro (*De Synod.*); y se puede ver por el testimonio de San Epifanio (*Har. LXXIII, núm. 14*) que los arrianos procuraban prevalecerse de la autoridad de Osio, enseñando cartas que llevaban su nombre, y que contenian su heregia. Pero San Atanasio refiere solamente (*Ad Solit.*) que este ilustre anciano, vendido por los tormentos, consintió en comunicarse con Ursacio y Valente, y no dice que suscribiese cosa alguna contra la fé. Sulpicio Severo no puede menos de manifestar sus dudas, aunque habla de ello como de una voz que así

Con esta caída consigió el permiso de volver á su Iglesia, donde murió en el mismo año 357, despues de haber reparado en lo posible el escándalo de su culpa, porque protestó en auténtica forma, y por via de testamento, contra la violencia que se le habia hecho. Anatematizó la doctrina de Arrio, y exhortó á todo el mundo á desecharla (1).

Al mismo tiempo eran generalmente perseguidos los católicos en todas las provincias, porque el emperador habia enviado oficiales á todas partes, con la comision de exigir firmas condenando á San Atanasio, y habia dado órdenes para obligar á comunicar con los arrianos, so pena de destierro para los obispos, y de castigo corporal y confiscacion de bienes para los seculares. Los magistrados eran conminados con multas, si descuidaban la ejecución de estos decretos; y los que ostentaban poco celo, eran denunciados al emperador por ciertos clérigos que habian enviado los gefes de la secta. Citábase á los obispos ante los tribunales para notificarles, que ó firmaran ó dejaran sus Iglesias. Muchos cedieron por cobardía y se apartaron de la comunión de San Atanasio: los que resistieron fueron victimas de las mas odiosas vejaciones: se forjaban calumnias contra ellos para tener un pretexto de perderlos: eran enviados al emperador, que los colmaba de ultrajes, los encarcelaba ó los desterraba á largas distancias y á parages inhabitables: algunos fueron puestos en el tormento: entre otros se cita á Máximo, obispo de Nápoles, que luego fué desterrado y murió en el destierro. En lugar de estos obispos expulsados de sus Iglesias, se nombraron al instante arrianos, las mas veces desconocidos ó cargados de crímenes, y que era preciso proteger con fuerza armada. Los fieles que no querian comunicarse con ellos, sufrían la confiscacion, la prision, el destierro ó otras penas aun mas rigorosas. Por lo demas, los obispos desterrados recibian en todas partes las mayores muestras de respeto, eran honrados como confesores de Jesucristo, recorridos en sus necesidades, y recibian diputaciones de casi todas las provincias, en tanto que los arrianos eran aborrecidos como verdugos (2).

Macedonio, obispo arriano de Constantinopla, se hizo odioso hasta á su partido, por sus crueldades. Habiendo logrado que el emperador diese un edicto en que condenaba al destierro á los defensores de la consustancialidad del Verbo, y mandaba al mismo tiempo demoler sus iglesias; hizo publicar esta órden en todos los pue-

corria de público. Es, pues, creible que los arrianos, despues de haber obligado á Osio á comunicar con ellos, se aprovecharon de su debilidad para calumniarle, acusándole de haber abrazado sus errores, y que falsificaron tambien algunos documentos para apoyar esta impostura. En efecto, no es muy probable que hubiera Osio aprobado la heregia, mientras que se resistia á la condenacion de San Atanasio.

(1) Athan. *Ad Solit.*—August. *Contr. Parmen.* lib. I, cap. IV.
(2) Athan. *Ad Solit.*—Sulp. Sev. lib. II.

blos, y cometió increíbles violencias para ejecutarla. Además del destierro y la prisión, empleaba la tortura contra los católicos, y los hacía marcar en la frente con un hierro hecho áscua, azotarlos con varas, y atormentarlos tan bárbaramente, que murieron muchos de sus resultados. Los novacianos que creían también en la consustancialidad del Verbo, sufrieron los mismos tormentos. Sabiendo Macedonio que había en Padlagonia gran número de estos, envió cuatro compañías de soldados para forzarlos á recibir la doctrina de Arrio; pero ellos tomaron las armas para defenderse, y casi todos los soldados perecieron. Este descalabro indispuso al emperador contra Macedonio, que acabó de irritarle, ocasionando una sangrienta asonada en Constantinopla, por su obstinacion en querer trasladar el cuerpo de Constantino de una iglesia á otra, á pesar de la oposicion de parte del pueblo (1).

Durante esta persecucion general se distinguieron los obispos de las Galias por su firmeza. Saturnino, obispo de Arlés, que había abrazado el arrianismo, hizo todos los esfuerzos para atraerlos á su heregía, y no dejó de ganar á algunos; pero el mayor número se resistieron denodadamente sostenidos con el ejemplo de San Hilario, obispo de Poitiers, á quien se puede apellidar el Atanasio del Occidente. Nació en la misma ciudad de una de las familias mas ilustres de las Galias: se dedicó con ardor en su juventud al estudio de las humanidades, é hizo rápidos progresos en la filosofía y la elocuencia. Educado en las tinieblas del paganismo, la rectitud de su corazón y la penetracion de su entendimiento le hicieron conocer bien pronto la extravagancia de la idolatría; y convencido con sus propias reflexiones de la unidad de Dios, acabó de ilustrarse con la lectura de los libros santos, iniciándose en las sublimes verdades del cristianismo. Cuando recibió el bautismo, siendo solo un simple seglar, se hizo admirable por la pureza de sus costumbres, por su apartamiento del mundo y por su celo en favor de la fé. Tan eminente mérito le atrajo, aunque se hallaba casado, los votos unánimes del clero y del pueblo para ocupar la silla de Poitiers, que había vacado hácia el año 353. Inmediatamente que supo las violencias de los arrianos en el concilio de Milán, determinó, en union y de conformidad con los obispos de las Galias, apartarse de la comunión de Saturnino, Ursacio y Valente. Representó en seguida con santa libertad y energía al emperador, sin faltar á los debidos miramientos, quejándose de la persecucion que se ejercía contra los católicos; y no tardó mucho en ser comprendido en sus rigores. Saturnino y sus partidarios convocaron un concilio en Béziers el año 356, al que hicieron comparecer á San Hilario y los obispos ortodoxos. En vano solicitó el santo doctor que se tratase primero en él de la doctrina, ofreciendo que los convencería de sus errores

(1) Socr. lib. II.—Sozom. lib. IV.

contra la fé: no quisieron los sectarios permitir siquiera que se le oyese, y escribieron al emperador contra él: de resultas fué desterrado á la Frigia con Rodano, obispo de Tolosa (Francia) (1). En este destierro concluyó su obra sobre la Trinidad, en la que se halla la doctrina católica demostrada con una solidez y elocuencia admirables. Divídese este tratado en doce libros: el primero es una especie de introduccion que contiene reflexiones sobre la necesidad de la fé, con una sumaria exposicion de las materias que se discuten en los siguientes libros. En el segundo, prueba San Hilario la distincion de las divinas Personas, y expone las nociones generales que nos suministra la fé sobre el misterio de la Trinidad. El resto de la obra se invierte en probar la divinidad y consustancialidad del Verbo, en refutar los errores de los ebionitas, de Fotino, de Sabelio y de los arrianos; y sobre todo, en explicar los pasajes de las Santas Escrituras, de que abusaban estos últimos hereges para sostener sus impiedades.

Después de haber ejercido tantas violencias para obtener la condenacion de San Atanasio, le acometieron los arrianos personalmente, y no les arredró crimen alguno, por enorme que fuese, para deshacerse de él á toda costa, considerándole como un enemigo muy temible. Ya había intentado Constancio en 353 separarle de su Iglesia con artificios, escribiéndole que se presentase en Italia, donde gustaria verle, y dando este permiso como un favor que había solicitado el santo. Mas éste contestó al oficial comisionado, que no habiendo pensado jamas pedir esta gracia, esperaría á que se convirtiese la invitacion en una orden terminante. Siguiéronse dos años sin que nadie lo inquietase; y aprovechó esta tregua en fortificar á los fieles católicos contra las persecuciones que preveía. Queriendo, además, confundir á sus enemigos con la autoridad de San Antonio Abad, cuyo nombre hacia mucho era venerado en todo el Egipto, suplicó á este ilustre solitario que fuese á la ciudad de Alejandria en socorro de la fé que peligraba. Supo después que los arrianos se proponian circular otra nueva fórmula de fé para recoger firmas en su apoyo, y escribió una carta á todos los obispos de Egipto y de Libia, previniéndoles lo conveniente contra esta tentativa, y demostrando que los sectarios con la multitud y frecuencia de sus profesiones, solo se proponian conseguir el olvido del simbolo de Nicea, y ocultar con equívocas expresiones las impiedades de Arrio. También en este intervalo publicó su grande apología, que regularmente se tiene por la segunda; y se dirigía á probar que su causa no debía ser examinada, después que fué juzgada solemnemente y en vista de testimonios irrecusables por los concilios de Alejandria, Roma y Sardica. Para esto hace relacion de los documentos auténticos que contenian la historia de aquellos diferentes juicios,

(1) Sulp. Sever. lib. II.—Fortun. Vit. Hilar.

y de los instrumentos con que se había justificado su inocencia.

Apenas concluido el concilio de Milán, el emperador Constancio mandó al gobernador de Egipto que quitase á San Atanasio las distribuciones de trigo que Constantino dejó señaladas á las Iglesias; y que obligase á todo el mundo á comunicarse con los arrianos. Envió al mismo tiempo, y para asegurar la ejecución de sus órdenes, á ciertos oficiales, que trataron de obligar al santo patriarca á que saliese de Alejandría; pero manifestó el pueblo tan enérgica oposición, que no se atrevieron á continuar en su proyecto. Entonces se acercaron tropas mandadas por el duque Siriano, que sin exhibir la orden del emperador, insistió con mas urgencia en que se ausentase San Atanasio, y se disponia ya para sacarle á la fuerza. Hallándose reunidos los fieles en una iglesia de la ciudad para velar, empleando la noche en oracion, porque al dia siguiente debian celebrarse los santos misterios, acudió el duque á la cabeza de cinco mil soldados: sitiáronla, rompieron las puertas y se arrojaron con espada en mano y dando grandes alaridos, como lo hubieran hecho en una plaza fuerte tomada por asalto. Murieron de resultas á flechazos y estocadas muchas personas, y otras fueron atropelladas ó sofocadas por las turbas. La soldadesca se excedió en ultrajes y violencias contra los eclesiásticos y las vírgenes: de estas fueron decapitadas unas, y otras puestas desnudas, quedaron sujetas á toda la barbarie y mofa de los ejecutores, mas insoportables para ellas que la muerte. En cierto modo entregaron al saqueo la iglesia, destrozaron todas las puertas, penetraron en los mas secretos lugares, todo lo registraron, y no se avergonzaban de llevar cada uno de los invasores cuanto hallaba á la mano. Entre tanto, San Atanasio, contra quien se dirigia toda esta alarma, olvidándose de si mismo, para pensar únicamente en su pueblo, permanecía quieto en su silla, exhortando á los fieles á que se retirasen. El clero y los monges le rodearon, y cuando vieron que los soldados se acercaban al santuario, pidieron al santo patriarca que huyese, y al fin pidieron llevarle en su compañía. De tal modo se vió oprimido por la multitud que cayó desfallecido, y fué necesario conducirlo como un muerto; lo que acaso impidió que le conociesen, y sirvió para facilitar su evasion. Desde entonces fué ya preciso que se ocultase por espacio de seis años largos para escapar del furor de sus contrarios. Esta sacrilega irrupcion tuvo lugar en 9 de Febrero del año 356. Los fieles colgaron en el templo las flechas, espadas y demas armas que hallaron en él, como irrecusable prueba de las odiosas violencias que se habían cometido. Al mismo tiempo hicieron dos protestas auténticas, quiriéndose de estos excesos, y denunciándolos á la indignacion de todos los cristianos.

Pero lejos de que hiciesen impresion alguna estas protestas en los ánimos de los perseguidores, solo sirvieron para atraer nuevas violencias. No contento el emperador con aprobar todo lo que se había

hecho, escribió á los habitantes de Alejandría para mandarles que persiguiesen á San Atanasio, so pena de incurrir en su indignacion. Los paganos, animados con esta orden y con las amenazas del conde Heraclio, se juntaron con los arrianos y acudieron en tropel á la iglesia episcopal, armados de palos y piedras, á fin de arrojar de allí á los católicos reunidos para la celebracion de los santos misterios. No hallando en él mas que una porcion de doncellas y mugeres, tuvieron la bajeza de golpearlas brutalmente y maltratarlas en todos sentidos, insultándolas con frases indecentes é infames; y habiéndolas desalojado por último, arrancaron la cátedra, el altar, los bancos y todos los utensilios de la iglesia, y los quemaron en la plaza principal, profiriendo, al tiempo de ejecutarlo, blasfemias y sacrilegos insultos. Obligados, ademas, por las instancias de Heraclio, firmaron con los arrianos, los melecianos y otros hereges una acta, por la que prometian recibir el obispo que el emperador juzgase conveniente enviarles.

En efecto, los arrianos acababan de ordenar en Antioquia un obispo de Alejandría, para que reemplazase á San Atanasio. Llamábase Jorge de Capadocia, y era hijo de un batanero, sin mas mérito que estar enteramente vendido á la secta. Despues de haber sido por mucho tiempo un petardista, obtuvo un empleo cortísimo en Constantinopla en el ramo de víveres del ejército; mas se le quitaron pronto, y tuvo que huir para no ser castigado por sus estafas. Era hombre sin talento, sin educacion y sin la menor instruccion, grosero, turbulento, avaro y naturalmente cruel: había abrazado el cristianismo solo para medrar, y no cuidaba siquiera de disimular sus defectos con exteriores apariencias de piedad. Esta sacrilega intrusion ocurrió en la conaresma de 356, y se siguieron á ella sangrientas persecuciones contra los católicos. Quitáronles todas las iglesias, y como ellos deseaban mejor reunirse en el campo junto á los cementerios, que comunicar con los arrianos; se enviaron soldados para echarlos de allí, y cogidos unos cuantos, fueron golpeados tan cruelmente que muchos perecieron. Los que no murieron se retiraron á los desiertos por orden superior. Entraban los sublevados en las casas con pretexto de buscar á San Atanasio, y era para robar impunemente todo lo mas precioso que encontraban. Sacaban de su morada á las vírgenes, las insultaban en las calles, las encerraban en las cárceles y las desnudaban para despedazarlas el cuerpo con varas ó con garfios. A los eclesiásticos y aun á los simples fieles les causaban iguales aflicciones y tormentos. Un subdiácono llamado Entiquo, despues de acribillado á azotes, fué desterrado inmediatamente, y en el camino murió de resultas de sus heridas. A muchas personas de distincion, porque se interesaban en su favor, les aplicaron la misma pena varias veces, y las sepultaron luego en calabozos, donde los arrianos habrian consentido que acabasen su vida por la privacion del alimento, si el pueblo no se hubiera obsti-

nado en pedir su soltura. Como los pobres y las viudas no podían habitar en los edificios contiguos á las iglesias, porque se las habían ocupado á los fieles católicos, trataron estos de proporcionarles prontamente otros asilos y proveer á sus necesidades, y los arrianos tuvieron la insolencia de oponerse á esta obra de caridad. Echaron á los pobres á pintapiés, y acusaron á los que los socorrian. Esta conducta excitó la indignación de los mismos paganos. Por otro lado, Jorge no tardó en ser objeto del odio y desprecio general. Su insaciable avaricia le inducía á traficar en todo: empleaba el importe de sus rentas en comprar á los cortesanos: se apropiaba las herencias de los particulares: acusaba al emperador á los que le desagradaban, y aun se le atribuye con algún fundamento que sugirió á este el proyecto de gravar con un nuevo tributo las casas de Alejandría; en una palabra, todos los medios le parecían buenos para juntar dinero y acreditarse. Así es que el pueblo le aborrecía tanto, que un día fué á la iglesia á matarle. Huyó Jorge, y acudió á quejarse al emperador que mandó reponerle en su silla á la fuerza. Salíó á recorrer la Siria y el Egipto para fortificar su partido, y llevaba en su compañía al sofista Aecio y á Eunomio su discípulo, que desde luego se distinguieron entre los primeros gefes de la secta arriana por su indecible impiedad (1).

Extendióse la persecucion por todo el Egipto y la Libia, donde los católicos tuvieron que sufrir las mismas crueldades que en Alejandría. Eran echados los obispos de sus Iglesias, y otros fueron desterrados á larga distancia en los desiertos. Hacíanles marchar precipitadamente, sin miramiento á los enfermos ni á los ancianos; así fué que muchos murieron en los caminos, ó apenas llegaban á sus destinos. Casi todos los obispos del Egipto sufrieron esta prueba con admirable firmeza. En su lugar colocaban á jóvenes viciosos que apenas eran catecúmenos, que lograban las órdenes á fuerza de dinero para gozar de los honores y privilegios del episcopado, sin tener las virtudes ni calidades que se requieren; y como los pueblos no querían admitirlos como á intrusos, ni comunicar con ellos; todo se hacia á fuero de guerra, enviando soldados para dar posesion á los obispos intrusos: todos los católicos eran desterrados y sus bienes secuestrados: los prendian, y á veces los azotaban, en términos que muchos sucumbian á este ignominioso tormento.

A pesar de esto, San Atanasio, retirado en el desierto despues de su fuga de Alejandría, trataba de visitar al emperador para desengañarle. Ya se hallaba en camino, cuando le refirieron los horrores y violencias que se habían ejercido en Occidente, y los que continuaban en Egipto con pretexto de buscarle. Supo igualmente que el emperador había escrito dos cartas, una al pueblo de Alejandría, en la que amenazaba con el mayor rigor y aun con la muerte á los

(1) Athan. *Ad Solit.*: *Apol. ad Const.*—*Atan.* lib. XXII.

que perseverasen adictos al partido de Atanasio, y otra á los príncipes de Auxume en Etiopia, dándoles órdenes para que con la mayor brevedad entrasen á Frumencio, obispo de aquella ciudad, á fin de que instruyese á Jorge y le ordenase de nuevo; porque el objeto era obligarle á entrar en la comunión de los arrianos, y que San Atanasio quedase sin el recurso de hallar abrigo entre los bárbaros. Conociendo este por las dos cartas, que su vida no estaba muy segura si caía en manos de sus enemigos, desistió del proyectado viaje. Volvió al desierto y aprovechó su fuga visitando los monasterios de Egipto y de la Tebaida. Sospechando los arrianos que estaría escondido en el monasterio de Tabena, dispusieron que le buscasen unos soldados, que hicieron las pesquisas mas minuciosas para descubrirle; mas no queriendo el santo exponer á los monges á nuevas molestias, se retiró mas lejos y se ocultó en una soledad, conocida solamente de un cristiano que le llevaba las cosas necesarias. Durante su retiro escribió una apología dirigida á Constancio, en que se justifica de todas las calumnias inventadas por sus enemigos, y principalmente de haber intentado denigrarle en el ánimo de Constancio, de haber escrito al tirano Magnencio, de haber celebrado los divinos oficios en la iglesia mayor de Alejandría antes que se hubiese hecho su dedicacion, y finalmente, de haberse negado á concurrir á la corte, á pesar de habersele intimidado el emperador. Escribió al mismo tiempo discursos consolatorios para las vírgenes perseguidas por los arrianos, y dos cartas á los solitarios, una en que los exhorta á no comunicar con los arrianos, y otra que contiene la historia de sus persecuciones. Ultimamente, se vió precisado á componer otra apología para justificar su fuga que los arrianos no se avergonzaban de pintar como un acto de cobardía.

Al llegar San Atanasio á la Tebaida no tuvo siquiera el consuelo de hallar á San Antonio, quien á pesar de su avanzada edad no había vacilado en marchar dos años antes á Alejandría para fortalecer á los católicos contra la seducción de los arrianos, siendo recibido por todos los fieles, y hasta por los mismos paganos, con extraordinaria veneracion. Había visitado despues, segun su costumbre, los monasterios establecidos bajo su direccion. Pero de regreso ya en su soledad, cayó enfermo al cabo de pocos meses, y sintiéndose próximo á la muerte, llamó á sus dos discípulos Macario y Amatas, que le servian hacia quince años, les dirigió algunas exhortaciones, les encargó sepultasen su cadáver y no permitieran que fuera llevado á Egipto, para que no le conservaran en las casas, como era uso entre los naturales, y despues de darles el último adios, espiró dulcemente el día 17 de Enero del año 356, á los 105 de edad.

Entre los discípulos mas ilustres de San Antonio, se cita principalmente á Macario, de quien acabamos de hablar, y que llegó á ser superior del monasterio de Pisper, donde se dice que gobernó

hasta cinco mil monjes: otro Macario, de quien trataremos mas adelante, y que vivió en los desiertos del Egipto bajo, donde se hizo célebre por sus milagros: el confesor San Pafnucio, que asistió al concilio de Nicea; y en fin, Crono que sirvió de intérprete á San Antonio para traducir en griego lo que el santo decia en el idioma egipcio. Este fué sacerdote en el monasterio de Nitria, y vivió mas de 110 años.

Supo San Hilarion, por revelacion divina, la muerte de San Antonio, y como llevaba con impaciencia que le distrajeran las muchas gentes que iban á visitarle, atraídas de sus milagros, resolvió dejar la Palestina y retirarse al Egipto. No tan pronto manifestó este designio, cuando multitud de personas de todas clases se reunieron para detenerle. Pero protestó enérgicamente que no tomaria alimento alguno si se oponian á su intento, y en efecto, estuvo algunos dias sin comer: asi tuvieron que dejarle partir. Pasose en camino con muchos discípulos suyos, y despues de haber visitado á algunos obispos de Egipto, desterrados por los arrianos, se dirigió á la montaña de San Antonio para celebrar el aniversario de su muerte. Moró muchos años en Egipto, y luego se retiró á Sicilia, donde le siguió á poco su nombradía, y buscando un sitio en que pudiese vivir desconocido, se embarcó para Dalmacia. Pero la fama de sus milagros no tardó en divulgarse por todo el pais, de manera que se vio precisado tambien á abandonarle para librarse de las importunas visitas de la muchedumbre. Desde allí pasó á la isla de Chipre, donde un gran número de hombres y mugeres poseídos del demonio le fueron á buscar para que los curase. Permaneció dos años en una soledad algo distante del mar, y en ella murió hacia el año 370 y á los 80 de su edad. Sus discípulos consiguieron trasladar secretamente su cuerpo á Palestina.

En tanto que el emperador se ocupaba en Occidente en hacer la guerra á los obispos, alcanzó el César Galo algunas ventajas sobre los persas, y al instante se hizo sospechoso á Constancio, que le mandó sentenciar á muerte hacia fines del año 354, porque le acusaban de que aspiraba al imperio. Su hermano Juliano, protegido de la emperatriz Eusebia, recibió al siguiente año el título de César, y fué enviado á las Galias para contener á los bárbaros. Habiendo Constancio provisto asi á la seguridad de las fronteras amenazadas, permaneció algun tiempo mas en Milán, y despues pasó á Roma en la primavera del año 357. Quiso destruir la idolatría con un acto de vigor, y mandó que quitasen del senado el altar de la victoria, ante el cual acostumbraban los paganos prestar juramento. Despues que residió en Roma un mes, regresó á Milán y de allí á Sirmio, donde estuvo cerca de dos años.

Apenas llegó á esta ciudad, cuando Valente, Ursacio y otros obispos arrianos se juntaron para redactar otra nueva fórmula de fé, en la que no disimularon su impiedad, porque proscribiendo

igualmente la palabra *consustancial* y la de semejante en sustancia con el pretexto de que no se hallan en la Sagrada Escritura, no tubieron declarada ademas que el Padre es mayor que el Hijo en dignidad, en gloria y en magestad. A esta fórmula de Sirmio se sospechó que habia suscrito Osló, para que le alzaran el destierro; y aun corrieron voces que él mismo la habia compuesto con Potamio, obispos de Lisboa, partidario decidido de los arrianos. Se quiso que la firmasen todos los obispos del Occidente; pero los mas la desecharon con indignacion. Los de las Galias se reunieron en concilio al principio del año 358, para condenarla. San Febades, obispo de Agen, la refutó en una obra que se conserva, y en que explana la doctrina de la Iglesia sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion; con mucha claridad y precision segun las palabras de las Santas Escrituras. Una gran parte de los obispos del Oriente desecharon tambien dicha fórmula, que sirvió para hacer estallar las sordas divisiones que existian entre los sectarios.

En efecto, como ya hemos observado, desde el principio del arrianismo hubo disidencias bien manifiestas entre los que se coligaban para impugnar la doctrina de la Iglesia. Unos, admitiendo sin restriccion las impiedades de Arrio, enseñaban claramente que el Hijo de Dios no es mas que una pura criatura sacada de la nada: otros no tenian dificultad en reconocer que el Hijo no ha sido criado, y que es engendrado de la sustancia del Padre; confesaban al mismo tiempo que es semejante al Padre en sustancia; pero no querian admitir que fuese consustancial. Los primeros eran designados con el nombre de arrianos, y los otros con el de semi-arrianos. La mayor parte de los eusebianos pertenecian á este último partido, que siempre fué el mas numeroso. Unos y otros trabajaban acordes para proscribir la doctrina del *consustancial* y á los que la sostenian. Permanecieron unidos en tanto que la secta creyó que necesitaban guardar algunas consideraciones, y los arrianos puros, mitigando sus impiedades, suscribían fórmulas de fé redactadas con arte por los eusebianos para disimular el veneno de la heregia. Pero cuando en vista de la declarada proteccion de Constancio, y de la persecucion que ejercia contra los católicos, pudieron crear los sectarios que su truhán estaba asegurado, dejando de violentarse ambos partidos manifestaron sus mútuas disensiones. Los arrianos desecharon sin rodeos no solo el término de *consustancial*, sino tambien el de *semejante en sustancia*, y no vacilaron en profesar abiertamente que la naturaleza del Hijo difiere esencialmente de la del Padre; lo que hizo se les diese el nombre de anomeos de la palabra griega, *diferente*. El partido de los semi-arrianos se subdividió tambien en muchas y muy diversas fracciones. Unos permaneciendo fieles á la doctrina de los eusebianos, insistieron en sostener que el Hijo es semejante en sustancia; pero no igual al Padre; porque ellos le suponian principio, y no le atribuian mas que un poder in-